
PRESENTACION DE GUMERSINDO DE AZCARATE

La formación de la sociología en España, al igual que en otros países, se nutrió de una aportación variada e imprecisa. La muy lenta y tardía modernización de la sociedad española constituyó el foco alentador de esas ambigüedades y carencias, y la forja en la que se fueron moldeando algunas personalidades que se movieron en los aledaños epistemológicos y entre las corrientes de inquietud que se agruparon alrededor del mensaje sociológico. Una de ellas fue, sin duda, Gumersindo de Azcárate.

Mas a su figura hay que añadir, todavía, un rasgo destacado que contribuye a enriquecerla, ciertamente, a la vez que a darle una presencia un tanto difuminada que, con frecuencia, ha limitado los contornos singulares de las humanidades, pero que también les ha proporcionado savia inquietante aproximándolas a los dominios de otros conocimientos afines. Esa característica inspiradora que estimula la palabra de Azcárate y la enmarca en un contexto de amplias dimensiones es el krausismo.

En efecto, una cierta vaguedad expositiva, unida a un eco moral, a un talante modernizador, y a un interés creciente por el desarrollo de las ciencias sociales, son atributos comunes de la cosecha krausista que Azcárate recoge en la segunda generación de la escuela, y que plasma en algunos trabajos concretos, poco pretenciosos, pero que va difundiendo a lo largo de su vida pública y académica a manera de enseñanza, de guía, más que de saber perfectamente elaborado.

Ello le valió para alcanzar la presidencia del Instituto Internacional de Sociología, y nos facilita a nosotros la lectura de esta obra modesta, pero emblemática, porque hemos de recordar que tanto Azcárate como Giner —este último en mayor medida, desde luego— ejercieron un magisterio muy destacado con sus gestos, por decirlo de alguna manera, con la irradiación ejemplificadora de sus figuras. La sociología, propiamente dicha, en la esfera krausista, la sacaron adelante Costa, con su verbo torrencial; Sales, en un marco más institucionalizado, y, sobre todo, Posada, ya en la última generación de discípulos.

Dentro, pues, de estas circunstancias, Azcárate realizó una aportación que merece ser recordada, no ya sólo por la sonoridad de su librito, *El Concepto de la Sociología* —que fue, en realidad, el texto de su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas—, sino por algunas otras propuestas que deben ser tenidas en cuenta, siquiera sea fugazmente.

El Concepto de la Sociología, como puede comprobar el lector, utiliza una prosa bastante vaporosa, en la que se recurre a otras disciplinas colaterales para encontrarle un sentido a la Sociología, que es definida como «lo social total y genérico», después de acudir a una pista que dejará una marca profunda, aunque equívoca, en el krausismo, cual es la de Comte y, especialmente, la de Spencer.

En otro discurso, esta vez leído en el Ateneo, *Alcance y significación de las llamadas leyes obreras*, que tiene una apariencia más pragmática, Azcárate sigue, livianamente, la huella de Marx y de otros pensadores socialistas para completar la estela de influencia, a la vez organicista y reformadora, que le preocupó, y que animó la veta sociológica krausista. Por eso, en su trabajo más enjundioso, *Plan de Sociología*, divide ésta en dos partes: una, que atañe a los principios, y que sería una Filosofía social, y otra, que concierne al funcionamiento, y que sería la Biología social o Filosofía de la Historia.

En este mismo ensayo se vale de nuevo del organicismo para definir un concepto de sociedad a partir de la idea de organismo social, en la que las dimensiones natural y biológica vendrían a ser componentes destacables, según sus palabras. Este proyecto le mueve a hacer una clasificación de los órganos sociales, en una escala que va de lo individual a lo colectivo. La Biología social o Filosofía de la Historia es la parte del cuerpo social que ilustra el funcionamiento de una serie de leyes biológicas que explican la existencia de la sociedad en términos naturales.

El segundo rastro, mucho más imperceptible, menos presente que el del organicismo, es el de un socialismo vago, de filiación cristiana y utopista, probablemente, en el que apenas aparece Marx, como en el discurso mentado, pero del que se filtra el espíritu reformista que sí es muy intencionado en la teoría sociológica que se guarda en los odres del krausismo.

Es este hálito moral el que exhala Azcárate en *Deberes y responsabilidades de la riqueza*, para criticar las doctrinas, entonces muy en boga, de

Carnegie, sobre las características del capitalismo, y la supeditación de los valores éticos y solidarios a los logros economicistas. Es verdad que las observaciones son muy moderadas, pero, aun con eso, Azcárate recuerda la necesidad de racionalizar la riqueza y limitar los beneficios privados en atención de los intereses públicos. Por eso, pone en duda, también, la validez indiscriminada de la libertad económica.

Y en una discusión sobre *El socialismo de Estado*, habida en la Academia, vuelve a mostrarse con los mismos matices que ya le conocemos: tono moderado e intención reformista. Aquí deja entrever una tolerancia con el intervencionismo público que frene la competitividad capitalista de los fuertes, y ampare la desprotección de los débiles.

Este sesgo reformador le lleva, por el camino social, a poner en solfa alguno de los principios spencerianos, como el radicalismo individualista, o a considerar la proporción de la propiedad en una dirección más popular, más en concordancia con la expansión de la riqueza capitalista que más tarde se impondría en Europa.

Luis SAAVEDRA
Universidad Complutense